»en propiedad es vuestro, se inficione y man-
»che por medio de una maldad con la sangre
»de nuestra familia.»

Habiendo acabado el Rey de hablar, los mensajeros de Jugurta, confiando más en sus dádivas que en la justicia de su causa, responden brevemente: «que á Hiempsal le »habian muerto los Númidas por su crueldad: »que Aderbal, despues de haber movido de »suyo la guerra, cuando se veia vencido se »quejaba de que no habia podido atropellar á »Jugurta: que éste pedia únicamente al Se-»nado que no le tuviese por diferente de »aquel Jugurta que habia experimentado en »Numancia; ni creyese más que á sus obras, »á las palabras de su enemigo.» Con esto se salieron ambos de la corte, y el Senado comenzó luégo á tratar el negocio. Los que favorecian á los mensajeros, y otros muchos, corrompidos con dinero, despreciaban las razones de Aderbal, ensalzaban el mérito de Jugurta, y con ademanes, en voz, y por todos los medios, se empeñaban tan eficazmente por la maldad y delito ajeno, como pudieran por su propia gloria. Pero, al contrario, algunos pocos que amaban más la equidad y la justicia que el dinero, eran de parecer que

se debia socorrer á Aderbal, y castigar severamente la muerte de su hermano. Era el principal de estos Emilio Scauro, hombre noble, resuelto, partidario, amigo de mando, de honores y riquezas, pero que tenía grande arte para ocultar sus vicios. Viendo éste la publicidad y descaro con que regalaba el Rey, y temiendo (como acontece en tales casos) no le hiciese odioso tan infame libertad, contuvo en esta ocasion su avaricia.

Pero, no obstante eso, prevaleció en el Senado el partido de los que anteponian el favor ó el interes á la justicia. La resolucion fué *enviar diez diputados para que dividiesen entre Aderbal y Jugurta el reino que habia sido de Micipsa;* y entre éstos fué el primero Lucio Opimio, varon ilustre, y entónces muy acreditado en el Senado, porque siendo Cónsul, con la muerte de Cayo Graco y Marco Fulvio habia vengado acérrimamente á la nobleza de los insultos de la plebe. Jugurta, aunque habia sido su amigo en Roma, procuró además de esto esmerarse cuanto pudo en su hospedaje; y á fuerza de dones y promesas consiguió al fin de él que sacrificase su crédito, su fidelidad y sus cosas todas á la conveniencia ajena. Del mismo medio se va-

lió para con los otros, y ganó á los más de ellos: pocos antepusieron su honor al interes. En la division, pues, que se hizo, la parte de Numidia contigua á la Mauritania, que era la más fértil y poblada, se adjudicó á Jugurta: la otra, en que habia más puertos y edificios, y que á la vista, aunque no en la realidad, era la mejor, fué dada en parte á Aderbal.

El asunto está pidiendo que expliquemos brevemente la situacion de Africa, y digamos algo de aquellas gentes con quienes tuvimos guerra, ó fueron nuestras aliadas; bien que de los sitios y regiones que, ó por lo excesivo del calor, ó por su aspereza y soledad, son poco frecuentadas de las gentes, no me será fácil contar cosas ciertas y averiguadas: lo demas procuraré explicarlo con cuanto más brevedad pueda.

En la division del globo de la tierra los más de los geógrafos dan á la Africa el tercer lugar. Algunos cuentan sólo á la Asia y Europa, en la que incluyen á la Africa. Esta confina por el occidente con el estrecho que divide á nuestro mar del Océano, y por la parte oriental con una gran llanura algo pendiente, á la que los del país llaman Catabatmo. El mar es borrascoso y de pocos puertos:

la campiña fértil de mieses y de buenos pastos; pero de pocas arboledas: escasa de fuentes y de lluvias: la gente de buena complexion, ágil, dura para el trabajo, de suerte que si no los que perecen á hierro, ó devorados por las fieras, los más mueren de vejez, y es raro á quien rinde la enfermedad. Abunda además de esto la tierra de animales venenosos. Acerca de sus primeros pobladores, y los que despues se le juntaron, y del modo con que se fundieron entre sí, aunque en la realidad es cosa muy diversa de lo que realmente se cree, diré sin embargo brevísimamente lo que fué interpretado de ciertos libros escritos en lengua púnica, que decian haber sido del rey Hiempsal, y lo que tienen por tradicion cierta los habitadores del país; bien que no pretendo más fe que la que merecen los que lo afirman.

En los principios habitaron la Africa los Getúlos y Libios, gente áspera y sin cultura, que se alimentaban con carne de fieras y con las hierbas del campo, como las bestias. Estos no se gobernaban por costumbres ni por leyes, ni vivian sujetos á nadie; ántes bien, vagos y derramados, ponian sus aduares donde les cogia la noche. Pero despues que, se-

gun la opinion de los Africanos, murió en España Hércules, su ejército, que se componia de varias gentes, ya por haber perdido su caudillo, ya porque habia muchos competidores sobre la sucesion en el mando, se deshizo en breve tiempo. De estas gentes, los Medos, Persas y Armenios, habiendo pasado á Africa embarcados, ocuparon las tierras cercanas á nuestro mar; pero los Persas se internaron más hácia el Océano, y tuvieron por chozas las quillas de sus barcos vueltas al reves, por no haber madera alguna en los campos, ni facilidad de comprarla ó tomarla en trueque á los Españoles, cuya comunicacion impedia el anchuroso mar y la diversidad de idiomas. Fueron, pues, los Persas uniéndose poco á poco á los Getúlos por via de casamientos; y porque mudaban muchas veces sitios, explorando el que más les acomodaba para los pastos, se intitularon Númidas. Aun hoy dia las casas de los que viven por el campo, á que en su lengua llaman Mapales, son prolongadas, y tienen sus costillas en arco, á manera de quillas de navíos. A los Medos y Armenios se agregaron los Libios, que vivian cerca de la costa del mar de Africa (los Getúlos, más

bajo de la influencia del sol y no léjos de sus ardores). Estas dos naciones tuvieron muy en breve pueblos formados; porque como solo las dividia de los Españoles una corta travesía de mar, se habian acostumbrado á permutar con ellos las cosas necesarias; y los Libios desfiguraron poco á poco su nombre, llamando á los Medos, en su lengua bárbara, Moros. Pero el Estado de los Persas se aumentó en breve tiempo; y despues, habiéndose muchos de ellos, con el nombre que habian tomado de Númidas, separado de sus padres á causa de su gran número, ocuparon las cercanías ó fronteras de Cártago, llamadas por esta razon Numidia; y ayudándose unos y otros entre sí, sujetaron á su imperio á sus comarcanos, ya con las armas, ya con el terror, y se hicieron ilustres y famosos, especialmente los que más se habian acercado á nuestro mar (porque los Libios son de suyo ménos guerreros que los Getúlos); y en fin, los Númidas vinieron á hacerse dueños de la mayor parte de la inferior Africa, pasando desde entónces los vencidos á ser y á llamarse como los v encedores.

Despues de esto, los Fenicios, parte á fin de aliviar á sus pueblos de la muchedumbre,

parte habiendo por su ambicion de mando solicitado á la plebe, y otros deseosos de novedades, fundaron en la costa del mar á Hipona, Adrumeto, Leptis, y otras ciudades; las cuales, habiéndose aumentado mucho en breve tiempo, vinieron despues á ser, unas escudo, otras ornamento de los pueblos de donde descendian; y esto sin hablar de Cartago, lo que es mejor que haberme de quedar corto, pues me llama el tiempo á tratar de otro asunto. De la parte, pues, del Catabatmo, que es el linde que divide á Egipto de Africa, siguiendo la costa, se halla lo primero Cirene, colonia de los Tereos: despues las dos Sirtes, y entre ellas la ciudad de Leptis: luégo las aras de los Filenos, término que era del imperio de Cartago por la parte que mira á Egipto: más adelante otras ciudades cartaginesas. El resto hasta la Mauritania lo ocupan los Númidas. Los Mauritanos son los más cercanos á España. Sobre la Numidia, tierra adentro, se dice que habitan los Getúlos, parte en chozas, parte vagos y á la inclemencia, y sobre éstos los Etíopes; y que despues se encuentran tierras desiertas y abrasadas por los ardores del sol. En tiempo, pues, de la guerra de Jugurta, el Pueblo romano administraba las más de las ciudades cartaginesas y las fronteras de su imperio, que habia recientemente ocupado, por medio de Magistrados que enviaba. Gran parte de los Getúlos y los Númidas hasta el rio Muluca obedecian á Jugurta: los Mauritanos todos al rey Boco, que no conocia al Pueblo romano sino por el nombre; ni ántes de esto, en paz ni en guerra, teníamos nosotros de él noticia alguna. De la Africa y sus habitadores creo haber dicho lo que basta para mi propósito.

Despues que, dividido el reino, se partieron los diputados de Africa; y Jugurta, en lugar del castigo que recelaba, se vió premiado por su maldad, reconociendo por experiencia cuán cierto era lo que en Numancia habia oido á sus amigos, es á saber, que en Roma todo se vendia; y engreido con las promesas de aquellos á quienes poco ántes habia llenado de dones, aspiró al reino de Aderbal, cosa para él muy fácil, siendo como era fuerte y belicoso, y á quien invadia, quieto, pacífico, de genio blando, á propósito para ser injuriado, y ántes medroso que temible. Acometiendo, pues, de repente con buen número de tropa á sus fronteras, cautiva á muchas

gentes, róbales sus ganados y hacienda, pone fuego á sus casas, entra por varias partes con su caballería haciendo grandes daños, y despues se retira con todo el ejército á su reino, creyendo que Aderbal con el dolor de la injuria querria tomar satisfaccion de ella con las armas, y que esto daria ocasion para la guerra. Pero Aderbal, ya porque se contemplaba desigual en fuerzas, ya porque confiaba más en la alianza con el Pueblo romano que en los Númidas, envia sus mensajeros á Jugurta para que se quejen del agravio, y aunque la respuesta con que volvieron fué una nueva afrenta para Aderbal, resolvió éste sufrirla, y pasar por todo, á trueque de no volver á una guerra cuyo ensayo le habia salido mal. Pero ni esto apagó la ambicion de Jugurta, el cual ya en su idea se contemplaba dueño absoluto de todo aquel reino; y así, no ya con una partida de gente destinada á correrías, como ántes, sino con grande ejército, comienza á hacer la guerra y pretender declaradamente el dominio de toda la Numidia; y asolando, talando y saqueando los pueblos y campiñas por donde pasaba, añadia ánimo á los suyos y espanto á sus enemigos.

Aderbal, cuando vió que las cosas habian llegado á un término que, ó bien era necesario desamparar el reino, ó mantenerle con las armas; obligado de la necesidad, junta sus tropas, y sale al encuentro á Jugurta. Acamparon los dos ejércitos en las vecindades del pueblo de Cirta, no léjos del mar; y porque queria ya anochecer, no se dió entónces la batalla. Pasado lo más de la noche, áun entre sombras y alguna escasa luz, los soldados de Jugurta, dada la señal, acometen los reales de los enemigos, ahuyentan y desbaratan á unos que estaban medio dormidos, y á otros que tomaban las armas. Aderbal con pocos caballos se acogió á Cirta; y si no hubiera sido por la muchedumbre de los del pueblo, que apartaron de sus murallas á los Númidas que le seguian, en un mismo dia se hubiera entre los dos Reyes comenzado y acabado la guerra. Visto esto por Jugurta, sitia al pueblo, le estrecha con trincheras, torres y máquinas de todos géneros, dándose gran prisa para ganarle ántes que volviesen de Roma los mensajeros que sabía haber enviado Aderbal ántes de la batalla. Cuando el Senado tuvo noticia de esta guerra, envió á Africa tres sujetos de poca

edad, con órden de que viesen á los dos Reyes y les notificasen de parte del Senado y Pueblo romano, «que dejasen desde luego las »armas; que era su determinacion y voluntad, y lo que debia mandar y ellos hacer.»

Los Enviados se dieron gran prisa para llegar á Africa, porque ya en Roma, cuando estaban de partida, comenzaba á susurrarse la pasada batalla y la toma de Cirta; pero eran sólo rumores vagos. Jugurta, habiendo oido su embajada, respondió: «que para él no »habia en el mundo cosa mayor, ni de más »aprecio que la autoridad del Senado: que »desde su juventud habia procurado portarse »de suerte que todos los buenos aprobasen su »conducta: que por ella, y no con engaños, se »habia conciliado el amor de un varon tan »ilustre como Publio Scipion: que la misma »razon habia tenido Micipsa para adoptarle, »y no por falta que tuviese de hijos; pero que »por lo mismo que vivia satisfecho de su buen »porte y su valor, no sabía ni podia sufrir »que nadie le injuriase: que Aderbal habia »maquinado contra su vida, y que sabido esto »por él, se habia opuesto á su maldad: que el »Pueblo romano no obraria con justicia ni »equidad si le impedia que para su defensa

»usase del derecho de las gentes; y últimamente, que él enviaria en breve sus men»sajeros á Roma para que informasen de »todo.» Con esto se disolvió el congreso, sin que los Enviados pudiesen hablar á Aderbal.

Jugurta, cuando hizo juicio que habrian ya partido de Africa, reconociendo que á fuerza de armas le era imposible ganar á Cirta por lo fuerte de su situacion, cércala formalmente con su vallado y foso, levanta torres alderredor, y las guarnece con su tropa: no cesa ni de dia ni de noche de inquietarla con asaltos y ardides militares: ofrece unas veces premios, otras amenaza á los sitiados: exhorta y anima á los suyos á que se porten con valor; y puesto del todo en la conquista, nada omite de cuanto cree conducente á ella. Aderbal, viendo sus cosas en el último apuro, que su enemigo era implacable, que ni habia esperanza de socorro, ni la ciudad podia largo tiempo defenderse por falta de lo necesario, escoge entre los que se habian refugiado con él en Cirta dos, los que le parecieron más resueltos; y á fuerza de promesas, y de hacerles presente su desgracia, logra y se asegura de ellos, que atravesando as trincheras de los enemigos, harán por

llegar de noche á la vecina playa, y de allí pasarán á Roma.

Cúmplenlo en pocos dias los Númidas, y léese en el Senado la carta de Aderbal, que en sustancia decia así:

«No es culpa mia, oh Padres Conscriptos, si »os importuno con mis ruegos. Oblígame á »ello la violencia de Jugurta, el cual está tan »empeñado en que yo muera, que ni vues»tro respeto, ni los Dioses imortales le detie»nen, y sobre cuanto hay en el mundo desea »derramar mi sangre. Cinco meses há que »me tiene sitiado, no obstante ser aliado y »amigo del Pueblo romano, sin que me val»gan los beneficios que recibió de mi padre »Micipsa, ni vuestros decretos, y sin poder »decir si me estrecha más por hambre que »con las armas. Más os diria de Jugurta, si »no me retrajese mi desgracia y el tener ex»perimentado ántes de ahora que son poco »creidos los infelices. Sólo sé que aspira á »más que á mi vida, y que conoce bien que »quitarme el reino y ser al mismo tiempo »vuestro amigo, es imposible. Lo que piensa, »pues, nadie lo ignora. Al principio mató »alevosamente á mi hermano Hiempsal, des»pues me echó del reino de mis padres. Nues»tras injurias privadas nada os tocan. Pero »hoy ocupa con sus armas vuestro reino, y á »mí, á quien vosotros hicisteis Gobernador »de Numidia, me tiene sitiado estrechamen»te. Cuán poco caso ha hecho de vuestros »Legados, lo manifiesta el sumo riesgo en »que me hallo. ¿Qué resta, pues, para conte»nerle sino vuestras armas? Cuanto os digo, »y cuantas quejas he dado ántes de ahora al »Senado, quisiera yo que fuesen pondera»ciones, y que no las hiciese creibles mi des»gracia. Pero pues he nacido para que en mí »hiciese Jugurta ver al mundo sus maldades, »no pretendo ya libertarme de la muerte ni »de otros trabajos, sí sólo de caer en manos »de mi enemigo y de ser cruelmente ator»mentado. Del reino de Numidia, supuesto »que es vuestro, disponed como os parezca, »con tal que me saqueis de las crueles gar»ras de Jugurta, como os lo pido por la ma»jestad de vuestro Imperio y por la fe de »nuestra alianza, si queda aún en vosotros »alguna memoria de mi abuelo Masinisa.»

Leida esta carta en el Senado, hubo pareceres de que cuanto ántes se enviase ejército á Africa en socorro de Aderbal, y que entre tanto se viese qué deberia hacerse de Jugur-

ta, por no haber obedecido á los Legados. Pero los antiguos valedores del Rey se opusieron con el mayor empeño á esta resolucion; y así prevaleció el privado interes al público bien, como sucede frecuentemente en los negocios. No obstante esto, se enviaron á Africa algunos nobles de edad provecta y que habian obtenido empleos grandes, y entre ellos aquel Marco Scauro de quien se habló ántes, Cónsul que habia sido, y que á la sazon era Príncipe del Senado. Estos, ya porque veian irritados los ánimos, ya importunados por los dos Númidas, se embarcaron al tercer dia, y habiendo llegado brevemente á Utica, escriben á Jugurta *que pase allá al instante, que tienen que hablarle de parte del Senado.* Cuando Jugurta supo que habian venido unos hombres tan ilustres, cuya autoridad sabía ser grande en Roma, para oponerse á sus designios, al principio se alteró mucho, fluctuando entre el miedo y la ambicion. Temia por un lado la ira del Senado, si no obedecia á los Legados; por otro, su ánimo, ciego de pasion, le arrebataba á llevar adelante su malvado intento. Pero al fin venció en su ambicioso genio la depravada resolucion. Empéñase, pues,

con el mayor esfuerzo en tomar á Cirta por asalto, atacándola á un tiempo con su ejército por todas partes, con la esperanza de que, dividida tambien la guarnicion, hallaria el momento favorable para la victoria, ya fuese por fuerza, ó por medio de algun ardid militar. Pero saliéndole al reves, y viendo que no podia lograr su intento de apoderarse de Aderbal ántes de ver á los Legados, temeroso de irritar con más dilaciones á Scauro, á quien temia en extremo, váse á la provincia de los Romanos con pocos de á caballo. Y aunque de parte del Senado se le amenazó terriblemente si no desistia del sitio, despues de malgastada una larga conferencia, se fueron los Legados sin concluir nada.

Luego que esto se supo en Cirta, los Italianos de la guarnicion, por cuyo esfuerzo se habia entónces defendido la ciudad, confiados en que si se entregaban, no se les haria agravio por respeto á la grandeza del Pueblo romano, aconsejan á Aderbal que se entregue, y entregue la ciudad á Jugurta, sin más condiciones que la vida, diciéndole que de lo demas cuidaria el Senado. Aderbal, aunque en ninguna cosa del mundo fiaba

ménos que en las palabras de Jugurta, como veia que los Italianos mismos que le aconsejaban así, podrian, si lo repugnaba, obligarle á ello, tuvo que conformarse con su parecer, é hizo la entrega. Jugurta, ante todo, quita la vida á Aderbal, habiéndole cruelmente atormentado: despues pasa á cuchillo á todos los Númidas de catorce años arriba, y á los mercaderes indistintamente, segun se iban presentando á sus soldados.

Sabida esta novedad en Roma, y habiéndose comenzado á tratar de ella en el Senado, los valedores del Rey, que ántes dijimos, mezclando otros asuntos y ganando tiempo, ya por el favor que lograban, ya con altercaciones y porfías, procuraban suavizar la atrocidad de su delito; de suerte que si no fuera por Cayo Memio (nombrado para el siguiente año Tribuno de la plebe), hombre de resolucion y enemigo del poder de la nobleza, el cual hizo ver al Pueblo romano, *que por la negociacion de algunos sediciosos se trataba de dejar sin castigo á Jugurta*, sin duda alguna se hubiera desvanecido todo el aborrecimiento que le tenian, con sólo ir alargando las deliberaciones y consultas: tal era la fuerza del favor y de su dinero. Pero el

Senado, entrando en temor del Pueblo, por lo que le acusaba su conciencia, resolvió que, segun la ley Sempronia, se encargase el gobierno de las provincias de Numidia y de Italia á los Cónsules que habian de elegirse para el año venidero. Fueron estos Publio Scipion Nasica y Lucio Bestia Calpurnio, de los cuales á éste tocó por suerte la Numidia, y al primero la Italia. Alístase despues de esto el ejército que habia de pasar á África, decrétase la paga militar, y lo demas necesario para la guerra.

Pero Jugurta, habiendo recibido esta noticia contra lo que esperaba, por haberse fijado en el pensamiento de que en Roma todo se vendia, envia por mensajeros al Senado á un hijo suyo y á dos de sus confidentes, con órden «de que procuren ganar por dinero á »toda suerte de gentes,» como habia hecho en la muerte de Hiempsal. Cuando éstos se iban acercando á Roma, juntó Bestia el Senado para tratar *si convendria ó no que entrasen en la ciudad;* y se resolvió, «que si no »venian á entregar el reino y al mismo Ju»gurta, saliesen de Italia dentro de diez »dias.» Manda notificarlo el Cónsul á los Númidas por órden del Senado, y así tuvieron

que volverse á sus casas sin hacer nada. Entre tanto, Calpurnio, estando ya el ejército á punto, elige por asociados á algunos hombres nobles y de séquito, cuya autoridad le defendiese, si en algo delinquia. Uno de estos fué aquel Scauro cuyo genio y costumbres se dijeron ántes: porque á la verdad nuestro Cónsul estaba adornado de muchas bellas prendas de ánimo y de cuerpo, sólo que su avaricia lo echaba á perder todo. Era sufridor de los trabajos, de ingenio perspicaz, de bastante prudencia, perito en el arte militar, y de gran presencia de ánimo en los peligros y asechanzas. Las legiones se encaminaron por Italia á Regio, desde donde pasaron á Sicilia, y de allí á África. Calpurnio en los principios, dispuesto lo necesario, entró con gran furia en Numidia, cautivando mucha gente, y tomando algunas ciudades á fuerza de armas.

Pero apénas le representó Jugurta por medio de sus mensajeros la dificultad de la guerra de que estaba encargado, y le tentó con dinero, aquel ánimo propenso á la avaricia se trocó enteramente. Ni lo hizo mejor Scauro, á quien habia elegido por su compañero y confidente en todos los negocios. Porque,

aunque primero, estando ya cohechados los más de los suyos, se opuso acérrimamente á los designios del Rey, la suma grande que se le ofrecia vino al fin á corromperle y desviarle de la justicia y del honor. Jugurta en los principios no solicitaba sino largas, confiando que entre tanto conseguiria en Roma algo por el favor ó por su dinero. Pero cuando supo que tambien Scauro tenía parte en la negociacion, entrando en grande esperanza de alcanzar la paz, se resolvió á tratar con ellos por sí mismo cuanto hubiese de estipularse. A fin, pues, de que lo pudiese ejecutar sobre seguro, envió ántes el Cónsul al cuestor Sextio á Vaca, ciudad de Jugurta, con pretexto de que iba por cierto trigo que Calpurnio, en presencia de todos, habia mandado aprontar á los diputados de ella; porque miéntras se efectuaba la entrega, habian cesado las hostilidades. Vino, pues, el Rey á nuestro campo, segun habia determinado; y habiendo en público hablado muy poco en disculpa de su hecho, y acerca de entregarse, el resto de la conferencia lo tuvo á solas con Bestia y con Scauro; y al dia siguiente, habiéndose tomado los pareceres del Consejo tumultuariamente y sin formalidad

alguna, se entrega al Cónsul; y segun lo que se le habia mandado, pone en poder del cuestor treinta elefantes, cantidad de ganado y de caballos; pero dinero poco. Pártese Calpurnio á Roma á la eleccion de magistrados, en cuyo intermedio en Numidia y nuestro ejército hubo paz.

Divulgadas las cosas de Africa, y el modo como habian pasado, no se hablaba en Roma sino del hecho del Cónsul en todos los lugares y corrillos: la plebe estaba sumamente irritada: los Senadores cuidadosos, y sin saber si aprobarian una maldad tan grande, ó darian por el pié á la capitulacion; pero les detenia mucho para que obrasen en razon y justicia el poder de Scauro, porque se decia que no sólo era cómplice con Bestia, sino el que le habia dado este consejo. Pero Cayo Memio, de cuyo genio libre y poco afecto al poder de la nobleza se habló ántes, entre estas dudas é irresoluciones del Senado no cesaba en los concursos de exhortar al Pueblo á que tomase satisfaccion. Persuadíales que no desamparasen la República, ni su libertad: poníales delante muchos desprecios y crueldades que habia usado con ellos la nobleza; y puesto de todo punto en este empeño, no omitia medio de inflamar los ánimos de la plebe. Pero porque en aquel tiempo era muy celebrada y tenía gran séquito en Roma su elocuencia, he tenido por conveniente poner aquí una de sus muchas oraciones; y especialmente la que en presencia de un gran concurso dijo al regreso de Bestia, en estos términos:

«Muchas cosas me ponen á punto de abandonaros, oh Quirites, si no prevaleciera á »todo mi amor á la República: el poder de los »nobles, vuestra tolerancia, la falta entera de »justicia, y especialmente el ver que la inocencia está muy expuesta, en vez de ser »premiada. No tengo valor para acordaros la »burla que en estos quince años han hecho de »vosotros algunos insolentes; cuán indigna y »cuán impunemente han hecho morir á vuestros defensores; cuánto os habeis dejado »corromper de la pereza y flojedad: vosotros, »digo, que áun hoy, que veis caidos á vuestros enemigos, no sabeis aprovecharos, y »estais temiendo á los mismos á quienes debierais causar terror. Pero aunque sea esto »así, yo no sé ni puedo dejar de oponerme al »poder de la coligacion. A lo ménos, haré ver »que mantengo la libertad que heredé de mis

»padres. Que lo haga ó no con fruto, pende »de vosotros, oh Quirites. Ni esto es deciros »que vengueis con las armas vuestro agra»vio, como hicieron muchas veces vuestros »mayores. No es necesaria fuerza ni tumul»to. Sin nada de esto, es preciso, segun »obran, que ellos mismos se precipiten. »Muerto Tiberio Graco, á quien achacaron »queria alzarse con el reino, se procedió en la »pesquisa con el mayor rigor contra la plebe »romana. Despues que mataron á Cayo Gra»co y á Marco Fulvio, perecieron asimismo »en la cárcel muchos de vuestro estado, sin »que ley alguna contuviese en uno ni en »otro lance á los autores, hasta que, hartos »de sangre, lo dejaron de suyo. Pero doy que »el haber Tiberio Graco querido reponer á la »plebe en sus derechos fuese aspirar al reino: »doy que se derramase justamente la sangre »de los ciudadanos, si no habia otro medio de »contenerles. No hago mérito de esto. Los »años pasados mirabais con dolor, pero sin »atreveros á hablar palabra, que se robaba el »Erario, que los reyes y los pueblos libres »eran tributarios de algunos de los nobles: »que en ellos estaban estancadas las mayores »honras y riquezas. Ahora, pareciéndoles poco

»el haber hecho esto impunemente, por re»mate de todo han puesto vuestras leyes, »vuestra majestad, lo sagrado y lo profano en »poder de nuestros enemigos. Ni se aver»güenzan ó arrepienten de ello los autores; án»tes bien, pasan por delante de vosotros muy »ufanos, haciendo alarde de los sacerdocios, »de los consulados, y algunos de sus triunfos, »como si esos fuesen justo galardon de su mé»rito, y no fruto de sus usurpaciones. Los »siervos comprados con dinero no sufren el »dominio injusto de sus amos; ¿y vosotros, »Quirites, nacidos para el mando, sufrireis »con paciencia tan dura servidumbre? ¿Mas »quiénes creeis que sean estos que se han »alzado con la República? Unos hombres lle»nos de maldades, sanguinarios, avaros sin »término, y en sumo grado dañosos é inso»lentes; hombres que hacen granjería de su »palabra, de su honor, de la religion, y úl»timamente de todo lo honesto, y de todo »lo que no lo es. Parte de ellos afianza »su seguridad en haber muerto á vuestros »tribunos, otros en haberos injustamente »atormentado, y los más en haber hecho en »vosotros una cruel carnicería: de suerte que »el que más daño os hizo, ese vive más se-

»guro. El miedo que debieran tener por sus »maldades le han trasladado á vuestra inac- »cion y flojedad; y el haberse unido, es por- »que desean, aborrecen y temen todos unas »mismas cosas; pero esta union entre buenos »es amistad, entre malos partido. Y á la ver- »dad, si vosotros miraseis tanto por vuestra »libertad como ellos por adelantar su despo- »tismo, no estaria, como está hoy, desolada »la República, y obtendrian vuestros em- »pleos no los más osados, sino los más dignos. »Vuestros mayores, á fin de recobrar sus de- »rechos y sostener la majestad del Imperio, »tomaron en dos ocasiones las armas, y sepa- »rándose del resto de los ciudadanos, ocupa- »ron el monte Aventino; ¿y vosotros no habeis »de trabajar con el mayor empeño por man- »tener la libertad que de ellos recibisteis? »Y esto con tanto más ardor, cuanto el perder »las cosas ya adquiridas es mayor afrenta »que el no haberlas jamás solicitado. Pero »me preguntará alguno de vosotros: ¿qué »debemos hacer? ¿Qué? Procurar que se cas- »tiguen los que han vendido infamemente al »enemigo la República; pero esto no con »mano armada, ni con violencia (lo que aun- »que ellos tenian bien merecido es cosa in-

»digna de vosotros), sino á fuerza de cuestiones »y torturas, y por la declaracion del mis- »mo Jugurta; el cual, si se ha rendido y en- »tregado de buena fe, como ellos dicen, sin »duda hará cuanto le mandáreis; pero si re- »husa obedecer, entónces, entónces conoce- »reis cuál sea el fondo de aquella paz y de »aquella entrega de que no hemos visto otro »fruto sino quedar Jugurta sin castigo, en- »riquecerse mucho algunos poderosos, y per- »judicarse y cubrirse de oprobio la Repú- »blica. Si ya no es que no estais aún hartos »de sufrir su tiranía, y que mal hallados con »estos tiempos, gustais más de aquellos en »que los reinos, las provincias, las leyes, los »derechos, los tribunales, la paz, la guerra, y »últimamente todo lo divino y lo humano es- »taba en poder de algunos pocos; y vosotros, »esto es, el Pueblo romano, jamás vencido por »los enemigos, y dueño del mundo, os con- »tentabais con que os dejasen vivir. Porque, »hablando por la verdad, ¿quién de vosotros »tenía valor para rehusar la servidumbre? »Yo, pues, aunque juzgo que para un hom- »bre honrado es cosa en sumo grado vergon- »zosa recibir agravio y no tomar satisfac- »cion; con todo eso, llevaria bien que perdo-